

Los apuntes de Juan Antonio Rosado

## La cuestión erótica y la imaginación

Karla Zanabria

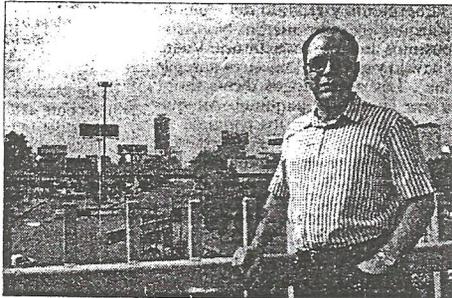
Poeta, ensayista y profesor universitario, Juan Antonio Rosado (México, 1964) presentó recientemente su libro *Erotismo y misticismo: la literatura erótico-teológica de Juan García Ponce* (Editorial Praxis, 2005), un esfuerzo que implicó una década dedicada a documentarse, a pulir un exhaustivo ensayo, pero sobre todo a nutrir al literato que se ha empeñado en ser.

Ésta no ha sido su primera aproximación a la obra del crítico yucateco, antes había publicado la antología *La escritura cómplice: Juan García Ponce ante la crítica* (1997). El propio Juan Antonio Rosado reconoce que "este trabajo se inició con un breve ensayo en torno de una de las novelas de Juan García Ponce intitulada *De ánima*", a partir de entonces se empezó a interesar por la obra de este crítico y a descubrir qué había detrás de ella: "Más tarde empecé también a descubrir hacia dónde nos lleva el tema del erotismo y su vínculo con el misticismo. Para lograrlo tuve que remitirme al antiguo Egipto, a la India y a los países asiáticos encontrando coincidencias en todas las tradiciones místicas del mundo. Todo eso me llevó a hacer una lectura más cabal de la obra de García Ponce."

—¿Es humanamente posible abordar tal multiplicidad de temas, cada uno complejo en sí mismo?

—Tanto el escritor como el investigador se mueven por preocupaciones, por obsesiones. Como narrador y ensayista siempre me ha interesado el tema del erotismo, sobre todo su vínculo con el misticismo. Aun antes de leer a Juan García Ponce (en 1994), me atraían la literatura y la tradición erótica y mística de los antiguos países asiáticos y occidentales. Cuando me topé con la obra de García Ponce me encontré con los mismos elementos en juego. Durante estos diez años que tardé en investigar lo necesario para concluir mi libro, no sólo me dediqué a un tema. He publicado el volumen de cuentos *Las dulzuras del limbo*, además de cinco libros de ensayos: *Cómo argumentar* (2004), *El engaño colorido* (2003), *Bandidos, héroes y corruptos* (2001), *El presidente y el caudillo* (2001) y *En busca de lo absoluto* (2000). Uno se volvería loco trabajando en un solo texto. Soy un autor obsesivo que vuelvo una y otra vez a mis escritos. No me conformo con una primera versión, sino regreso tratando de pulir el estilo. Esa es la razón por la cual me tardé en escribir el libro.

Profesor de literatura y redacción, Rosado habla de su vocación por la escritura: "Para mí la palabra es lo fundamental, eso es lo que establece justamente los vasos comunicantes. Finalmente los dioses no son sino creación de la palabra, como ya lo decía un antiguo himno egipcio: todo se creó a partir de la palabra. En otro himno hindú se menciona que la palabra creó a Dios y a todo lo demás. El Evangelio de San Juan dice que en un principio fue el verbo. Esto quiere decir que la palabra creó todo. Uno no puede escribir si no tiene un cierto bagaje y una predilección por la palabra escrita, y ésta nace a través de la lectura. Sin embargo, antes que nutrirse de la lectura, el escritor tiene que nutrirse de las experiencias personales, de las obsesiones y preocupaciones.



Juan Antonio Rosado. (Foto: Ulises Ramírez)

Hay a quienes no les falla ni una coma, pero no tienen nada que decir: sus textos son huecos. A mí me interesa el escritor que equilibre tanto la prosa bien elaborada, la palabra bien expresada, como la profundidad de los temas que aborda, el planteamiento de ciertos temas y sus obsesiones. Lo que distingue a un escritor de otro es justamente el tratamiento de sus propias preocupaciones, la forma de recrearlas, plantearlas y expresarlas. Juan García Ponce es, en este sentido, un autor muy obsesionado con el estilo y con la palabra."

—García Ponce murió hace menos de tres años. ¿Será prematuro afirmar que su obra trascenderá por las características que usted acaba de enumerar?

—Es imposible responder. Hay autores que están de moda durante un periodo de la historia y, no obstante, cien años después quedan como materia de estudio exclusivo para los eruditos en las universidades. Hay otros autores que son ignorados o ninguneados en su época, pero siglos después de su muerte (tal es el caso del Marqués de Sade) se viene a descubrir que su obra tiene valores importantes para nuevas generaciones. Pienso que hay autores que escriben para futuras generaciones.

—Su libro es un ensayo de 400 páginas, no es usual que se edite algo así...

—*Erotismo y misticismo...* ha sido una coedición de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México y Editorial Praxis, además está dirigido a un público interesado en el tema heterológico que para buena parte de la sociedad mexicana sigue siendo tabú, sobre todo porque el erotismo ha sido ampliamente condenado por la iglesia católica. El erotismo es un asunto eminentemente cultural. Así como la gastronomía transforma en arte el instinto de alimentarnos, así como la jardinería transforma en algo distinto aquello que se da en la naturaleza, el erotismo juega con la sexualidad animal y la transforma mediante la razón y la imaginación, en una cosa muy diferente a lo que la iglesia condena. Como todo el arte, el erotismo tiene mucho de lúdico. Creo, por eso, que la importancia de la obra de García Ponce es precisamente porque develó un tema tabú y lo hizo accesible a por lo menos unos cuantos interesados en salir de sus prejuicios. Una cosa es el sexo por el sexo, lo mismo que un animal hace para satisfacer un instinto. Pero eso no es el erotismo. ☐

## La oscura Edad Media

Víctor Roura / y II

En toda la Edad Media, durante esos mil años oscurecidos que van de los siglos V al XV, "la derrota doctrinal del cuerpo parece total", dicen Jacques Le Goff y Nicolas Truong. De esta manera, "la subordinación de la mujer poseerá una raíz espiritual, pero también corporal". Hildegarda de Bingen anotará, en el siglo XII, que la mujer es débil, "ve en el hombre a quien puede darle fuerza, como la luna recibe su fuerza del sol. Por ello está sometida al hombre, y debe estar siempre lista para servirle". La mujer, "segunda y secundaria, no es ni el equilibrio —dicen Le Goff y Truong— ni la completud del hombre".

De la misma creación bíblica de los cuerpos nace, indican los autores franceses, "la desigualdad original de la mujer. Una parte de la teología medieval se ajusta al paso de san Agustín, para quien la sumisión de la mujer precede a la Caída. Lo humano, pues, está escindido en dos: la parte superior (la razón y el espíritu) está en el lado masculino, la parte inferior (el cuerpo, la carne) en el lado femenino". El propio san Agustín, el futuro obispo de Hipona, relata en sus *Confesiones* de qué modo la mujer en general, y la suya en particular, fue un obstáculo para su nueva vida como hombre de iglesia.

Ni la influencia de Aristóteles sobre los teólogos de la Edad Media beneficia a la condición femenina. "Así, la mujer se considerará a partir de entonces como un macho fallido." Al mismo tiempo, "los confesores intentan refrenar las pulsiones masculinas mediante prohibiciones, pero también controlando la prostitución en los burdeles y las casas de baños, estos lugares de exutorio".

Las rameras —cuya "condición es vergonzosa" y "no lo que ganan", tal como decía Tomás de Aquino— se encuentran en los burdeles municipales o privados grandes o pequeños, baños públicos y otros lupanares, "procedentes de los alrededores de las ciudades, donde ejercen el oficio más viejo del mundo", a menudo "después de haber sido violadas por bananos de jóvenes que, por su parte, intentan ejercer y aguzar su virilidad".

Relegadas, "pero también reguladoras de la sociedad, las prostitutas viven en su cuerpo las tensiones del ámbito medieval". Paradojas existenciales: a pesar de ser negado, el cuerpo femenino resplandece en medio de la oscuridad. Dicen Le Goff y Truong que "si el dolor de las mujeres procede de la teología y de la Biblia, el dolorismo conocerá, a través de su identificación con el Cristo sufriente, una breve y relativa expansión en la Edad Media a través de los estigmas y la flagelación".

Los estigmas son las marcas de las heridas de Jesús durante la Pasión, y así como el cuerpo [sobre todo] femenino es ocasión de pecado, el autocastigo es una forma de liberarse de él. "Una de las primeras estigmatizaciones conocidas —afirman Le Goff y Truong— es la de la beata María de Oignies, muerta en 1213. La más célebre, la que causó sensación y se inscribe espectacularmente en la historia religiosa, es la de Francisco de Asís, acontecida en 1224.

Los años antes de su muerte: Los estigmas de la beata Isabel de Spalbech, muerta en 1270, emitían chorros de sangre el viernes, y su cabeza lucía pinchazos de espigas. Los estigmas de santa Catalina de Siena, muerta en 1380, recibidos durante un éxtasis en 1375, eran invisibles y se manifestaban mediante violentos dolores internos."

Un caso particularmente sorprendente, reconocen los investigadores franceses, es el

de san Francisco de Asís, "que manifiesta su conversión y su compromiso en su apostolado a través de dos actos públicos de desnudamiento. El primero para mostrar su renuncia solemne a sus bienes, a su condición social, a toda riqueza, consistente en desnudarse en presencia del obispo, de su padre y del pueblo de Asís. El segundo es el de orar desnudo en el púlpito de la catedral. San Francisco ejecuta de esta manera al pie de la letra la divisa proclamada entre los siglos XII y XIII por los devotos de la renuncia y de la pobreza: «Seguir desnudo a Cristo desnudo»."

Una de las inquietudes de los habitantes de la Edad Media era un sencilla interrogante: los cuerpos de los elegidos en el Paraíso, ¿estarán desnudos o vestidos? Esta cuestión, dicen Le Goff y Truong, "taladra a numerosos teólogos, puesto que ambas posiciones se sostienen y se pueden sostener. La solución más puramente teológica es: la de la desnudez, ya que después del Juicio Final el pecado original quedará borrado para los elegidos. Dado que el vestido es una consecuencia de la caída, no habrá necesidad de mostrarlo. Para otros, la desnudez no es tanto un asunto de la teología como de la sensibilidad y del pudor. De todos modos, parece ser que la mayoría de los teólogos optó por la desnudez, pero una vez más enmarcada, codificada y «civilizada» a su manera por el cristianismo triunfante".

Sin embargo, contrariamente a nuestra época, "cuyo temor parece focalizarse en el dolor y en la agonía, el mayor miedo de los hombres de la Edad Media será la muerte súbita, ya que una muerte precipitada significaba el riesgo de morir en estado de pecado mortal, y de este modo reforzar las posibilidades de ser condenado al infierno". El temor al más allá dejaba intranquila a la gente, que se horrorizaba, y tal vez ésta sea la palabra idónea, de su futuro ante la diversa gama de sufrimientos que le deparaba el Infierno. De ahí a la aparición de los monstruos no había más que un paso, cosa que efectivamente se dio.

"El imaginario del cuerpo monstruoso se muestra con todo su esplendor en las representaciones de los dragones, a los que se enfrenta san Jorge —dicen Le Goff y Truong—. El Diablo adopta a menudo una forma monstruosa para aterrorizar al hombre. Y el mundo de la monstruosidad es lo bastante vasto como para ofrecer incluso monstruos de simbolismo positivo como el unicornio, por ejemplo, símbolo de la virginidad. Una vez más, la tensión." Esa tensión entre las cosas naturales y anormales, esa perdurable tensión en la que vivieron los hombres de la Edad Media, apartados prácticamente del conocimiento científico.

Lo cierto es que lo predominante en esta etapa histórica son el rey y el santo (incluso hubo un rey santo, Luis IX, y acaso un santo que tuviera un reinado en la teología, Francisco de Asís), ambos curiosamente involucrados con su cuerpo, ese objeto mil veces pospuesto. Le Goff y

Truong comentan que "un uso simbólico del cuerpo" sirve para "reforzar el poder de los dos héroes" de la Edad Media: mientras el rey Luis IX lo usa como un poder taumatúrgico ("el de curar a los enfermos de una afección cutánea, las escrófulas, nombre de la adenitis tuberculosa"), el santo medieval usa su poder corpóreo para sanar a los que se acerquen a él, aunque sea visitándolo en su tumba... ☐

